

Guardo muchos recuerdos de Buenafuente, sobre todo de cuando era muy niña. Las primeras veces que fui creo que era bastante pequeña, tendría 5 ó 6 años.

Mis padres Javier y Ana María iban a un grupo de oración con el sacerdote Carlos Castro, quien les contó la existencia del Monasterio de Buenafuente del Sistol, en un pequeño pueblo de Guadalajara que se había despoblado y, como consecuencia, las monjas habían tenido que salir a pedir ayuda. Me contaba mi madre que las monjas vivían en unas condiciones durísimas, pasando muchísimo frío y en unas camas de paja. Ante esta situación, mis padres formaron, junto con otros amigos, un grupo para ayudar a las monjas.

Mis padres y sus amigos empezaron a ir algunos fines de semana a Buenafuente y en Semana Santa. Yo iba siempre con mis padres y a veces también venía mi hermano Pablo. Tardábamos unas dos horas y media en coche desde Madrid, una hora y media por autovía hasta Alcolea del Pinar, donde se cogía una carretera comarcal llena de curvas que pasaba por unos paisajes muy bellos y a la vez agrestes y despoblados, tanto de vegetación, como de pueblos; era como entrar en otro mundo. Las estancias en Buenafuente eran de oración intensa, además de la misa de 12, rezábamos vísperas y completas y no sé si más. Yo era pequeña, tanta oración me cansaba, y era frecuente que acabara dormida en el regazo de mi madre. Sí recuerdo que me gustaba escuchar los salmos cantados por las monjas, con esa voz tan delicada que tienen que, para mí, era como música celestial.

Del grupo de amigos de mis padres que iban en esa primera época, recuerdo especialmente a José Luis Fernández del Amo y a su mujer Beatriz. También recuerdo a Jimena Menéndez Pidal y Carmen Vallina, que siempre estaban juntas. A mí me impresionaba mucho Jimena, me parecía una mujer muy fuerte y muy íntegra y me llamaba mucho la atención su dicción perfecta y su voz trémula cuando leía los evangelios. También tengo en la memoria un paseo que dimos mi hermano Pablo y yo con Jimena y Carmen Vallina. Es una anécdota un poco tonta, pero se me ha quedado grabado cómo se reía Jimena cuando se me cayó un chicle por un terraplén muy vertical y le pedí a mi hermano que bajara a cogerlo, lo que Pablo hizo sin dudar. También recuerdo a Marysia y Narciso Yepes y su hijo Juan de Dios, que era de mi edad, y con quién jugaba cuando teníamos ocasión.

En el pueblo solo vivían las monjas, el Padre Ángel y su madre, la señora Dolores. Lo que más me gustaba era visitar a las monjas. Las monjas de Buenafuente han sido para mí el mayor ejemplo de fe. Mujeres que han consagrado enteramente su vida a Dios y que rezaban por todos nosotros. Siempre atentas a nuestras vidas y siempre alegres y cariñosas. Yo las admiraba a todas, aunque tenía especial conexión con sor Inmaculada, que me parecía muy divertida.

En esa época, no había ningún lugar en Buenafuente donde quedarse a dormir, y mis padres iban a la casa de "La Gumer", que así creo que se llamaba, en Huertahernando. Hacía un frío que pelaba, también dentro de la casa... no quiero ni pensar lo que pasarían las monjas en las celdas sin calefacción.

También tengo muy buenos recuerdos del Día de la Amistad. En septiembre, que es cuando se ha celebrado siempre, el tiempo era bueno y venía mucha gente, la mayoría muy conocida para mí, merendábamos bocadillos preparados por las monjas en la fuente y escuchábamos el concierto de Narciso Yepes en la Iglesia. Recuerdo especialmente su interpretación del *Concierto de Aranjuez* y de la *Fantasia para un Gentilhombre*. Desde entonces me encanta la guitarra.

En Buenafuente bautizamos a nuestros tres hijos, Itziar, Javier e Iñigo, todos del Sistol. Allí celebramos la curación de mi cuñada Milagros y hemos celebrado la Navidad con toda mi familia en varias ocasiones.

La última vez que estuve en Buenafuente fue el día de la amistad antes de la Pandemia, pero siempre pienso en volver.

